

Repensando los aportes de Gramsci para una teoría marxista del Estado.

Javier Waiman.

Cita:

Javier Waiman (2019). *Repensando los aportes de Gramsci para una teoría marxista del Estado. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/544>

Repensando los aportes de Gramsci para una teoría marxista del Estado

Introducción

La construcción de un concepto de hegemonía que encuentre su determinación fundamental en el Estado constituye una de las formas posibles de pensar al polisémico concepto de Gramsci. Como reacción al “culturalismo”, importantes interpretaciones del pensamiento gramsciano extraían de los *Cuadernos* los elementos para una teoría de la hegemonía como efecto o resultado del accionar del aparato estatal (Buci-Glucksmann, 1978; Poulantzas, 1974; Liguori, 2016; Thomas, 2010). El conjunto de estas reflexiones implicaba, por tanto, una diferenciación con una forma ideológico-cultural de la hegemonía: teóricamente conlleva la construcción de un concepto que no haga de la ideología la clave de la dominación y de la unidad del conjunto de lo social; políticamente planteaba una estrategia que no relegara a un segundo plano la lucha por conquistar los aparatos estatales. Una forma estatal de la hegemonía que en consecuencia debía suponer mecanismos de articulación de la dirección ejercida por una clase social que no se agoten en un consenso ideológico producido en la sociedad civil y que, por tanto, no se reduzca a la adopción de una concepción del mundo por parte de las masas.

Conceptualizar esta otra forma de la hegemonía nos impone por tanto una serie de operaciones teóricas sobre las reflexiones gramscianas. En primer lugar, debemos avanzar a una conceptualización del Estado distinta a aquella que lo tomaba como extensión de la voluntad-conciencia de una clase y que reducía su acción a “educar” en una concepción del mundo o reprimir las actitudes contrarias a esta. Una teoría del Estado que, a pesar de cierta idea popularizada, no existe desarrollada en el pensamiento de Gramsci. Si bien en numerosas notas encontramos afirmaciones, menciones o análisis de lo estatal, difícilmente podamos considerar que contamos con una acabada teoría que dé cuenta de la existencia de lo estatal, su funcionamiento y su relación con las relaciones sociales de una determinada sociedad. Sin dedicar ninguno de sus cuadernos exclusivamente a la reflexión sobre el Estado, el material es fragmentario y frecuentemente se reduce a ciertas “formulas” sumatorias de sociedad civil y sociedad política que postulan máximas nunca del todo explicadas.

En este sentido, la “ampliación del estado”, la inclusión de las instituciones y organizaciones “privadas” de la sociedad civil dentro de un Estado Integral, no resuelve por la mera adición los problemas de relación y primacía entre ambas instancias, y menos aún una teorización en profundidad sobre el aparato estatal en sentido estricto. Por el contrario, Gramsci opera con una “ambigüedad” terminológica donde la palabra Estado refiere tanto a: a) el aparato estatal gubernativo en su sentido clásico, b) el conjunto “integral” de las superestructuras sin definir unívocamente la relación entre ambas ni la razón de su unidad, c) la civilización misma en una analogía entre fundar un nuevo estado y crear un nuevo tipo de sociedad basada. De esta forma, ciertos intérpretes han “contrabandeado” el problema de lo estatal al suponer que bajo la idea de unidad en el “estado ampliado” se resolvía una reflexión teórica sobre los aparatos estatales que está en gran parte ausente.

Este problema se replicaba en el concepto de hegemonía como producto de la totalidad estatal pero que, al calificarlo, resultaba efecto de una de sus partes, la sociedad civil, a la que el Estado propiamente dicho recubría con coerción: “en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido, podría decirse, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, o

sea hegemonía acorazada de coerción)” (Gramsci, 1981:, p. 76, tomo 3, Q6 <88>)[...] “compresión de lo que es el Estado (en el sentido integral: dictadura + hegemonía)” (Ibíd., p. 112, Q6 <135>). Al llegar a la “ampliación del Estado” nos encontramos lejos de poder proponer al concepto de hegemonía como efecto o resultado del accionar del conjunto de instancias del Estado que producen la dirección social de una clase. Por el contrario, aún luego del cuaderno sexto, Gramsci continúa planteado, en numerosas notas, a la sociedad civil como “momento de la hegemonía” en una unidad (Estado) con una sociedad política caracterizada por la violencia¹.

La problematización de lo estatal gira entre dos instancias, cuya existencia diferenciada o su articulación era simplemente postulada o afirmada bajo el término Estado en una unidad integral no explicada. Nuestros desarrollos en este apartado buscarán, por tanto, la profundización de una teoría del Estado, y por tanto de la hegemonía, que se sostenga en los mecanismos extra-ideológicos con los que una clase ejerce en su dominación sobre el conjunto social y que busca con ellos explicar su unidad. En este sentido, en vez de preguntarnos por el proceso de “confrontación entre ideologías” buscamos pensar dentro las afirmaciones del “momento de la hegemonía” de las relaciones de fuerza aquel en el cual:

El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo mismo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías “nacionales”, o sea que el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo” (Ibíd., tomo 5, p. 37, Q13 <17>)

Una forma de la hegemonía, entonces, que puede ser entendida como resultado de una serie de acciones estatales - legales, represivas, de concesión de demandas - que generan un equilibrio inestable entre las clases sociales en conflicto desarrollando una línea de dirección para el conjunto incluyendo subordinadamente a las clases subalternas.

El antagonismo de la sociedad civil y su organización por el Estado

En los desarrollos sobre la hegemonía ideológica-cultural la historia ético-política de Croce aparecía base teórica de la hegemonía entendida como dirección que una clase lograba en la sociedad civil. Releyendo a Hegel, Croce reemplaza al espíritu absoluto por sus formas históricas concretas desplegadas en el conflicto intelectual o ético-político y, a su vez, invierte la relación de determinación hegeliana haciendo de la sociedad civil, antes que al Estado, el momento culmine del desarrollo. Espacio de constitución, difusión y lucha entre las ideas de una época y teatro principal donde se juega la dirección de una clase y donde se despliega el curso de la historia, la sociedad civil se identifica con el principio de la libertad y puede ser potencialmente opuesta al momento de la fuerza y la coerción del Estado. En una lectura liberal de Hegel,

¹ Esta duplicidad entre violencia y hegemonía y su división entre sociedad civil y sociedad política puede encontrarse en numerosas notas misceláneas de Gramsci (Q6 <10> <24> <81>; <87> <88> <137> <155> <162>; Q7 <9> <28>; Q8 <86> <227>) así como en los cuadernos temáticos más desarrollados escritos posteriormente: en la incorporación de la historia ética-política de Croce y su traducción en términos de hegemonía/sociedad civil, en la diferenciación entre la función de hegemonía en la sociedad civil y dominio en la sociedad política que realizan los intelectuales, y en los planteos del centauro maquiavélico y sus momentos de hegemonía y fuerza.

Croce hace del momento de la sociedad civil un espacio de constitución libre y voluntaria de la unidad política (De Federicis, 2013)².

La asimilación de la concepción de Croce al pensamiento de Gramsci produce una imagen de un pensamiento sobre de dos espacios separados, dos realidades distintas de la “expresión del espíritu”, organizadas por la primacía del momento civil. Una interpretación que, como postulamos en el capítulo segundo, encontraba en Bobbio su máximo exponente, en la particular diferencia de la sociedad civil gramsciana tanto de la prioridad Estatal de Hegel como de su caracterización como momento estructural-económico en Marx. La sociedad civil como un espacio social diferenciado constituido como un conjunto de instituciones de elaboración y difusión de “cultura” se volvía el lugar de producción de la hegemonía, de la dirección intelectual del conjunto social (Bobbio, 1977).

Por esta razón, avanzar en una conceptualización divergente de la hegemonía requiere algo más que reafirmar el contenido clasista de dichas ideologías o su extensión hacia el momento del Estado. Una explicación de tal tipo, que mantuviera el despliegue de un espíritu como explicación de la existencia y la relación entre los espacios de lo social no avanzaría en los hechos mucho más allá del propio Croce, quien incorpora al materialismo histórico como un elemento de su teoría, como estudio empírico que provee datos sobre uno de los elementos económicos, el valor, que no obstante no constituye el factor determinante de la historia (Jacobitti, 1975). Contra esta teoría de datos objetivos económicos que se expresan luego en el conflicto ideológico, hay que producir una explicación distinta de la relación entre sociedad civil y Estado, y de ambos con las relaciones sociales de producción. Una teoría de la unidad de estos momentos que parta de otra “materialidad” que la de fuerzas productivas técnico-económicas, supuestas neutras y sin conflicto, para poner como base de la explicación a las relaciones sociales capitalistas como inherentemente antagónicas.

Si observamos las primeras reflexiones presentes en los *Cuadernos* encontramos que, luego de la primera aparición de la palabra hegemonía, en la nota <44>, Gramsci parece volcarse a la teoría política hegeliana para dar cuenta de esa particular forma de dirección de lo social que excede la dominación pública estatal. Iniciando en el primer cuaderno, es Hegel, no Croce, el que define la indagación gramsciana sobre la sociedad civil:

La doctrina de Hegel sobre los partidos y las asociaciones como trama "privada" del Estado [...] derivó históricamente de las experiencias políticas de la Revolución francesa y debía servir para dar una mayor concreción al constitucionalismo. Gobierno con el consentimiento de los gobernados, pero con el consenso organizado, no genérico y vago tal cual se afirma en el instante de las elecciones: el Estado tiene y pide el consenso, pero también "educa" este consenso con las asociaciones políticas y sindicales, que sin embargo son organismos privados, dejados a la iniciativa privada de la clase dirigente. Así, Hegel, en cierto sentido, supera ya el puro constitucionalismo y teoriza el Estado parlamentario con su régimen de partidos (Gramsci, 1981: tomo 1, p. 122, Q1 <47>).

El desarrollo del jacobinismo (de contenido) ha encontrado su perfección formal en el régimen parlamentario que realizada en el periodo más rico de energías ‘privadas’ en la sociedad la hegemonía de la clase urbana sobre toda la población, en forma hegeliana de gobierno con el

² Croce discute con las interpretaciones hegelianas dominantes en Italia que hacían del Estado el momento culmine y expresivo de una comunidad nacional, y particularmente contra Gentile quien al postular una voluntad sustantiva propia del Estado justifica filosóficamente al fascismo. Gramsci destaca la superioridad del planteo de Croce de no reducir la historia ni al Estado ni al momento económico (corporativo), pudiendo así distinguir un momento de consenso activo y voluntario hacia la dirección de un grupo social ejercido por los grandes intelectuales en la sociedad civil (Q6 <10>).

consenso permanentemente organizado (con la organización dejada a la iniciativa privada, o sea de carácter moral o ético, para el consenso 'voluntario', en una u otra forma) (Ibíd., p. 123, Q1 <48>).

En estas reflexiones tenemos dos elementos centrales para pensar la relación sociedad civil/estado: a) el Estado no se “amplía” o “extiende” para incluir un conjunto de instituciones o aparatos diversos y externos a la realidad estatal, sino que supone un unidad integral que postula, y desarrolla como propios momentos que exceden la distinción legal público/privado; b) el Estado refiere a una forma histórica, surgida del triunfo de la burguesía en la Revolución Francesa y consolidada en el régimen parlamentario del siglo XIX. Estamos frente a una concepción en la que un Estado moderno actúa organizando instituciones de la sociedad civil construir el consenso que cimenta la dominación de una clase.

Una concepción “hegeliana” de la sociedad civil en la cual sus contenidos están determinados y organizados por el accionar estatal, donde las instituciones “privadas” que actúan en ella son una forma de integrar e incorporar al conjunto de la sociedad dentro de una dirección ejercida desde el Estado. Es esta concepción la que encontramos en las notas sobre el Estado Integral. De ahí que al momento de definir sociedad civil Gramsci postule: “la sociedad civil tal como la entiende Hegel y en sentido en que a menudo se emplea en estas notas (o sea en sentido de hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera, como contenido ético del Estado)” (Ibíd., tomo 3, p. 28, Q6 <24>).

En la *Filosofía del Derecho* de Hegel, la sociedad civil constituye un momento en el despliegue del espíritu hacia su realización ética absoluta en el Estado. La filosofía hegeliana plantea a la realidad concreta como despliegue necesario y racional de un espíritu que, en su devenir, se vuelve más concreto, más rico en determinaciones, y donde los distintos momentos, o modos de existencia del concepto, suponen la realización de potencialidades ya en él contenidas. Traducida esta ontología en filosofía política, el Estado es postulado como realización de una universalidad concreta que reconcilia la subjetividad individual en una unidad ética que trasciende e incluye a los individuos. La realidad concreta del Estado responde al movimiento dialéctico – de unidad, oposición y reunificación de universalidad y particularidad – donde cada momento es una parte necesaria de un despliegue determinado por su finalidad, es decir, cuyo verdadero sentido y realidad es dada por la forma más concreta de su despliegue.

La sociedad civil refiere a un estadio de este desarrollo en el que se expresa la dispersión de las particularidades producto de la disolución de la unidad basada en vínculos de sangre inmediatos, en la familia y en la comunidad primitiva. Como forma ideal de un despliegue histórico, la sociedad civil hegeliana es la “sociedad burguesa” (bürgerliche Gesellschaft) caracterizada por el individualismo atomista y la existencia del individuo como persona jurídica libre. El “sistema de necesidades” de Hegel delinea una estructura económica y social típica del capitalismo dando cuenta de los nexos interpersonales propios de una sociedad de productores privados independientes que se relacionan impulsados por su egoísmo intercambiando en el mercado. Siguiendo las reflexiones de la economía política clásica, Hegel constituye un primer momento de unidad entre los individuos a partir del mecanismo ciego del propio proceso económico (Hegel, 1993).

Pero en Hegel, a diferencia de la economía política clásica, este primerísimo momento de universalidad demuestra consecuencias negativas en una polarización de intereses, entre acumulación de riqueza y miseria, generando un antagonismo que rompe con la idea de una armoniosa y automática constitución de una comunidad universal. El momento de la sociedad civil moderna es por tanto una mediación necesaria pero no definitiva para la constitución de los individuos en una comunidad política. Las instituciones de la sociedad civil son una primera, parcial e inestable, unidad de los individuos enfrentados entre sí en el

mercado. Constituyen mediaciones sociopolíticas que organizan las voluntades individuales en unidades aún parciales pero necesarias para el paso hacia la totalidad estatal (Dotti, 1983).

La constitución de una unidad ética del conjunto de la comunidad requiere por lo tanto mediaciones que concilien el conflicto inherente al “sistema de las necesidades”. La sociedad civil en Hegel presenta una serie de instituciones con este objetivo, constituyendo mediaciones que logren superar el egoísmo individual en la totalidad ética. Los estamentos son la primera de estas estructuras organizando a los individuos en grupos según sus roles productivos. Un primer agrupamiento insuficiente para operar un paso de lo económico a lo político, por lo que Hegel describe un conjunto de instituciones que regulan lo “económico”, que complementan y perfeccionan el proceso hacia la construcción de una universalidad. La administración de la justicia, el poder de policía y las corporaciones son instituciones que intervienen y modifican el curso “natural” de lo económico de manera de encauzarlo hacia formas mayores de universalidad que superen sus consecuencias. Estas instituciones constituyen una intervención activa del Estado sobre las particularidades individuales por medio de sus propios instrumentos estatales: la ley (justicia), el poder de control y represión (policía) y la representación (las corporaciones como formas colectivas de representación en el Estado). De forma de no enfrentarse a un conjunto de individuos antagónicamente relacionados por su interés económico, el Estado interviene construyendo las mediaciones necesarias para su existencia colectiva (Dotti, 1983; Mazora, 2003).

Las instituciones de la sociedad civil que Hegel describe corresponden a un despliegue histórico del accionar del Estado moderno, a una serie de mecanismos con los que este construye y organiza su base social enfrentándose a un conjunto de relaciones sociales antagónicas propias de la sociedad moderna. El poder estatal llega a sí mismo, a su realidad, mediado por la sociedad civil; su despliegue efectivo como unidad política de un conjunto de relaciones antagónicas requiere volver al sistema de necesidades un atributo propio, un momento de su propia existencia ética como Estado. Este sentido hegeliano del concepto de sociedad civil, presente en las notas de Gramsci, puede ser leído como una conceptualización determinada por las características de la sociedad burguesa moderna, donde el Estado opera de forma de conciliar el conflicto e integrarlo: una actividad del Estado en la construcción de la universalidad concreta que pone a las instituciones de la sociedad civil como momentos de su propia organización. Un movimiento, por lo tanto, de mediación dialéctica que no es la articulación de dos realidades separadas o al desarrollo incremental de una en la otra.

Gramsci, no obstante, no limita su reflexión a una conceptualización puramente hegeliana sino que la retoma desde una teoría marxista para la cual la unidad ética postulada por Hegel se demuestra inalcanzable por el irreconciliable antagonismo de las relaciones sociales capitalistas. De esta forma, la organización del conflicto en un equilibrio aparece, primero, como inestable, segundo y principalmente, como la expresión de una dominación de clase. Lejos de la construcción de una unidad ética o de una universalidad concreta del conjunto de los individuos, la hegemonía producida por el Estado implica la dominación de una clase y la preponderancia de sus intereses buscando su máxima expansión; un intento de integrar y conciliar bajo el dominio clasista un conflicto que no puede ser solucionado bajo las condiciones de esa sociedad.

El estado moderno y su diferencia

La crítica a la concepción hegeliana de sociedad civil y su realización como unidad ética en el Estado puede ser tomada como punto de partida del pensamiento de Marx. La constatación de la permanencia de lo parcial bajo la apariencia de la universalidad estatal y de la falta de libertad que ésta implicaba para gran

parte de la población, motiva al joven Marx a emprender una crítica política del Estado prusiano (Marx, 1983) que deviene crítica a la filosofía del derecho Hegel (Marx, 2010) y con ella del Estado moderno como emancipación todavía parcial de lo humano (Marx, 2003 y 2005). Las razones de los límites del Estado son encontrados en la propia sociedad civil, en el “sistema de necesidades”, que impide en su persistencia una verdadera reconciliación universal. En consecuencia, de 1844 en adelante, Marx emprenderá un análisis de “la anatomía de la sociedad civil burguesa” que mostrará el antagonismo inherente de sus relaciones sociales y su carácter irreconciliable. La crítica política deviene crítica filosófica de la unidad hegeliana y con esta avanza hacia la crítica de la economía política y a la crítica de las relaciones sociales capitalistas.

El Estado, y su relación con una sociedad civil burguesa, aparece, por lo tanto, como clave en el pensamiento marxiano temprano y explica su camino hacia el análisis del capitalismo. Sin embargo, la forma en que este problema persiste en el pensamiento de Marx es menos clara y ha dado lugar a diversas interpretaciones. Una lectura preponderante del marxismo plantea la constitución de una teoría general de la historia a partir del descubrimiento de la determinación económica como fundamento de toda sociedad. Un materialismo histórico que explica lo social desde lo económico, como fundamento material de la historia, y donde lo político y lo estatal se resuelven como su “superestructura”.

Existe, no obstante, otra forma de entender el desarrollo de la teoría de Marx: el antagonismo descubierto en la sociedad civil burguesa se vuelve el fundamento de una teoría crítica de las relaciones sociales capitalistas, y dentro de estas de lo político estatal. En ella, los elementos de una teoría general de la historia, representados en la clásica metáfora de estructura y superestructura, constituirán un momento luego abandonado en el desarrollo del pensamiento marxiano. Su obra más acabada, *El Capital*, no constituye por lo tanto un tratado de economía sino un análisis crítico de las relaciones sociales capitalistas, de la forma en que constituyen el lazo social y de sus consecuencias en la constitución de la dominación social. Bajo esta lectura, la crítica a la reconciliación hegeliana se resuelve en una crítica históricamente determinada de las relaciones sociales capitalistas. Estas dan forma al conjunto de lo social resultando en una dominación ciega por el capital y en la dominación de clase necesaria que este conlleva (Marx, 2002). En este sentido, Marx no reemplaza la idea hegeliana por la materia, por una historia de lo económico o de las fuerzas productivas, sino que explica el movimiento de la sociedad moderna como formas de las relaciones sociales capitalistas. Es su contradicción, en su antagonismo inherente, lo que explica los desarrollos históricos; no un desarrollo por un incremental de la producción.

Lo político estatal debe ser entendido, en consecuencia, como una de las formas de despliegue de este antagonismo; una forma co-constitutiva de esas relaciones sociales y no simplemente una realidad expresiva cuya determinación se encuentra en la economía. El Estado, lejos de ser una superestructura presente en toda sociedad, es una forma de las relaciones sociales capitalistas que existe por y en una sociedad cuyo lazo social fundamental se explica por la relación de capital. Lo político-estatal se encuentra por tanto presente, sin desarrollar, en *El Capital*: en la constitución de los sujetos del intercambio mercantil y la garantía de su propiedad (Pashukanis, 1976; Blanke, Jürgen y Kastendiek, 2017), en la construcción jurídica del fundamento del plusvalor por la particularidad del contrato de trabajo y la relación salarial (Rocca, 2017) o en la constitución violenta de la dominación frente a una lucha de clases caracterizada por la existencia de personas formalmente libres e iguales (Hirsch, 2017).

Podríamos afirmar que en Gramsci se encuentran en tensión estas dos formas de pensar lo político-estatal: una teoría “materialista histórica” que hace al Estado un desarrollo desde posiciones de clase objetivas técnico-productivas; y una teoría que pueda pensar a las relaciones sociales capitalistas en sus formas económicas, políticas e ideológicas a partir de su antagonismo inherente y su despliegue en relaciones de fuerza entre clases. Gramsci encuentra un impulso claro a su reflexión sobre lo político en la crítica a la ortodoxia economicista marxista, que hacía de lo superestructural un mero reflejo de lo económico, pero las

consecuencias de esta crítica pueden llevar, como hemos visto, a una teoría general de la historia a partir de los desarrollos subjetivos surgidos de posiciones técnicas productivas de clase y que resultan en una “concepción del Estado según la función productiva de las clases sociales” (Gramsci, 1981: tomo 4, p. 233, Q10 <61>). Sin embargo, desde una noción “hegeliana” de sociedad civil, con su fundamento en la sociedad burguesa, se plantea la posibilidad de construir un concepto de Estado, y con el de una relación entre lo político y lo económico, distinta de aquella que lo reduce a una voluntad de clase³.

En este sentido, los grados de las relaciones de fuerza que dan lugar a una teoría de la hegemonía deben ser pensados como el despliegue del conflicto clasista de la sociedad capitalista que recubre todos sus momentos. Del mismo modo, los análisis históricos gramscianos de la constitución de la dominación burguesa, así como algunas reflexiones sobre la diferencia particular del Estado moderno burgués y su concepción del derecho, pueden delinear principios de una teoría históricamente determinada del Estado y de la hegemonía:

La revolución aportada por la clase burguesa a la concepción del derecho y por lo tanto a la función del Estado, consiste especialmente en la voluntad de conformismo (de ahí la eticidad del derecho y del Estado). Las clases dominantes precedentes eran esencialmente conservadoras en el sentido de que no tendían a elaborar un paso orgánico de las otras clases a la suya, esto es, a ampliar su esfera de clase “técnicamente” e ideológicamente: la concepción de casta cerrada. La clase burguesa se postula a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber a toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico: toda la función del Estado es transformada [...] (Ibid.,: tomo 3, p. 214, Q8 <2>)

La absorción del conjunto de lo social bajo una dirección permita una organización de todas las clases asimilándolas, en abstracto, a las posiciones económicas y culturales de la clase dominante, aparece como propia del derecho burgués moderno. Bajo la forma social de producción e intercambio mercantil los miembros de la clase subalterna se encuentran libres de la sujeción formal característica de sociedades anteriores. Esto transforma la función del Estado que ya no supone la fijación legal y coercitiva de los sujetos en su actividad productiva, la división en castas o estamentos, y permite, a través de la acción del derecho, una función estatal como unidad del conjunto bajo la libertad e igualdad formal de todos sus miembros. La dominación de clase se ejerce, precisamente, sobre el fundamento de una unidad del conjunto social en el estado-nación que impone una dirección que incorpore a las clases subalternas.

El Estado moderno en su sentido jurídico-formal, la “sociedad política”, actúa por medio del derecho para producir una unidad política bajo la dirección de la clase dominante frente a un conjunto de individuos aislados por la producción mercantil y atravesados por el antagonismo clasista que esta supone. Este Estado es por tanto radicalmente distinto a aquel de sociedades anteriores, permitiendo pensar su accionar como producción de una dominación hegemónica:

[...] en el Estado antiguo y en el medieval, el centralismo tanto político-territorial como social (y uno no es sino función del otro) era mínimo. El Estado era, en cierto sentido, un bloque mecánico de grupos sociales y a menudo de razas distintas: dentro del ámbito de la coerción político-militar, que se ejercía en forma aguda solo en ciertos momentos, los grupos subalternos tenían una vida propia, autosuficiente, instituciones propias, etcétera, y en

3 En esta línea, Cerroni plantea la diferencia entre Gramsci y el marxismo ortodoxo en los planteos del Estado y el derecho como voluntad de las clases dominantes, representados en su máxima expresión en las teorías jurídicas soviéticas de Vysinsky. En contraposición a estas, en Gramsci puede encontrarse una reflexión sobre el Estado a partir de la particular división de clases propia de la sociedad capitalista y, contra la teoría soviética de permanencia del Estado y la ley en el comunismo, la afirmación de la posibilidad de la superación y reabsorción del Estado en la sociedad civil (Cerroni, 1965).

ocasiones estas instituciones tenían funciones estatales, que hacían del Estado una federación de grupos sociales con funciones diversas no subordinadas [...] El Estado moderno sustituye al bloque mecánico de los grupos sociales por su subordinación a la hegemonía activa del grupo dirigente y dominante, por consiguiente deroga algunas autonomías, que sin embargo renacen en otra forma, como partidos, sindicatos, asociaciones de cultura (Ibíd., tomo 6, p. 181, Q25 <4>).

La producción de la dominación de clase se distingue en la modernidad de sus formas anteriores fundadas en una articulación mecánica garantizada por medio de la violencia. Esto supone, a su vez, la constitución de una unidad integral del conjunto de grupos sociales que no mantienen sus propias instituciones políticas autónomas. Mientras la dominación en las sociedades precapitalistas contiene un conjunto de instituciones que fijaban a cada individuo en una función y actuaban regulándolos, la dominación moderna impone la creación de una unidad del conjunto de las clases bajo la subordinación a la dirección de la clase dominante. Nombrada como hegemonía, esta subordinación supone por tanto la integración de las clases subalternas y de sus instituciones bajo la forma Estado.

Esta particularidad del Estado capitalista, que permite en sentido estricto solamente hablar de Estado como forma integral de organización de la dominación en esa sociedad⁴, implica un proceso de incorporación del antagonismo social a una unidad de la dominación que reconoce formalmente la libertad e igualdad de todos sus miembros. Se trata de una incorporación de las clases antagónicas, y de sus instituciones existentes por fuera del Estado, de forma tal que se garantice la dominación de clase, por la continuación de las relaciones sociales que funcionan como base material de existencia de ese Estado (el intercambio mercantil como forma de organización social, la separación del trabajador de la sujeción formal y la compulsión a su existencia como vendedor de fuerza de trabajo). En consecuencia, el conjunto de acciones del Estado, el derecho, la violencia, pero también la regulación y concesión de demandas, apuntan a la organización e integración de las clases subalternas bajo la hegemonía de las clases dominantes, bajo una dirección social que exprese su expansión.

Esta perspectiva que aquí estamos desarrollando es claramente deudora del pensamiento de Poulantzas quien interpreta el concepto de hegemonía como la práctica política de la clase dominante en el capitalismo. Pensando la estructura del Estado moderno a partir de las características y necesidades de la producción capitalista, Poulantzas plantea que la estructura de la dominación en dicho Estado responde al interés político de la clase dominante de constituirlo como representante de un interés todo los miembros de la sociedad. La hegemonía es por tanto el resultado del accionar del Estado moderno en su constitución de un equilibrio entre las clases que postule la dominación burguesa como interés general del conjunto.

Poulantzas, a su vez, extendía el uso del concepto de hegemonía en un sentido totalmente compatible con este planteo, al aplicarlo a la constitución de la unidad de la propia clase dominante. Su interés político implica necesariamente que esta debe ir más allá de su mero interés económico para incorporar en su dirección tanto a las clases subalternas como al conjunto de las dominantes de una sociedad. Para constituir dicha unidad el Estado actúa incluso en contra del interés inmediato de la clase dominante incorporando de forma subordinada los intereses de otros grupos sociales (Poulantzas, 1974). Una accionar del Estado, de dar unidad al grupo dominante y de incorporar a las clases subalternas en su dirección que es pensada por Gramsci en su reflexión sobre Estado y derecho:

4 En un énfasis del carácter burgués del Estado hegemónico Gramsci menciona abiertamente a los jacobinos en la Revolución Francesa como sus creadores: “porque no sólo organizaron un gobierno burgués, o sea que hicieron de la burguesía la clase dominante, sino que hicieron aún más, crearon el Estado burgués, hegemónico, o sea que dieron al Estado nuevo una base permanente, crearon la sólida nación moderna francesa” (Ibíd., tomo 5, p. 402, Q19 <24>)

Precisamente ésta es la función del derecho en el Estado y en la Sociedad; a través del "derecho" el Estado hace "homogéneo" el grupo dominante y tiende a crear un conformismo social que sea útil a la línea de desarrollo del grupo dirigente. La actividad general del derecho (que es más amplia que la actividad puramente estatal y gubernativa e incluye también la actividad directiva de la sociedad civil, en aquellas zonas que los técnicos del derecho llaman de indiferencia jurídica, o sea en la moralidad y las costumbres en general) sirve para comprender mejor, concretamente, el problema ético, que en la práctica es la correspondencia "espontánea y libremente aceptada" entre los actos y las omisiones de cada individuo, entre la conducta de cada individuo y los fines que la sociedad se impone como necesarios [...] (Gramsci., 1981: tomo 3, p. 70, Q6 <84>).

La unidad histórica de las clases dirigentes ocurre en el Estado, y la historia de aquéllas es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados. Pero no hay que creer que tal unidad sea puramente jurídica y política, si bien también esta forma de unidad tiene su importancia y no solamente formal: la unidad histórica fundamental, por su concreción, es el resultado de las relaciones orgánicas entre Estado o sociedad política y "sociedad civil" (Ibíd., tomo 6, p. 182, Q25 <5>).

El Estado produce con el conjunto de sus acciones el consenso a una dirección que representa el desarrollo y la expansión de una clase social, organizando con su accionar a la propia sociedad civil de forma de integrar al conjunto de los grupos sociales a esa dirección hegemónica. La burguesía, y en particular un sector de esta, puede por tanto postular su dirección como conteniendo al conjunto de la sociedad y organiza así a todos los grupos según sus propias necesidades. Esta diferencia plenamente moderna en la dominación permite en el ámbito del derecho la construcción de los equilibrios que incluyen a los grupos subalternos, en un accionar del Estado que tiene en cuenta sus intereses y necesidades: "Estado significa especialmente dirección consciente de las grandes multitudes nacionales, es por lo tanto necesario un "contacto" sentimental e ideológico con ellas y en cierta medida "simpatía" y comprensión de sus necesidades y exigencias" (Ibíd., tomo 6, p. 109, Q6 <8>).

La hegemonía entendida en su forma estatal implica un complejo proceso de producción de un equilibrio inestable que garantice la permanencia de ciertas clases como dominantes y otras como dominadas. Pero, a diferencia de una conceptualización del Estado como la extensión de la voluntad-conciencia, este accionar no puede resultar de una acción consciente de una clase que "maneje" al Estado como instrumento. Este debe verse como el resultado de las propias relaciones sociales que explican la existencia de un Estado con estas características⁵. Volviendo a la teoría de las relaciones de fuerza podemos afirmar que es el desarrollo del propio conflicto antagonista entre clases el que explica, con su desarrollo, la forma y el accionar del Estado. El momento "político" de las relaciones de fuerza expresa la forma particular del despliegue del antagonismo clasista en torno a las características propias del estado moderno. No se trata de un momento segundo en el que se expresa como conflicto algo objetivo de la economía, sino una forma específica del enfrentamiento entre clases que atraviesa el conjunto de lo social. La producción de la hegemonía es resultado de la lucha de clases en el ámbito del Estado; un resultado contingente y contradictorio de intentar traducir en términos de dominación estatal, de integración subordinada de las clases dominadas, el conflicto antagónico propio de la lucha de clases en la sociedad capitalista⁶.

⁵ Hemos afirmado que esta interpretación se encuentran en tensión con las conceptualizaciones que hacen a una teoría general del estado como despliegue de una voluntad-conciencia de clase. Incluso en afirmaciones que acompañan las reflexiones que aquí hemos articulado podemos observar el problema del devenir Estado de toda clase social por fuera de la determinación histórica de las relaciones sociales capitalistas y del derecho como función transhistorica de "educar" a la población adaptando sus conductas a las necesidades objetivas del avance de la producción.

Las consecuencias de esta teoría se extienden, a su vez, más allá del análisis de la forma de dominación de la sociedad capitalista al plantear su límite histórico e impedir su proyección a la sociedad pos-capitalista. La propia concepción hegeliana de la relación sociedad civil/Estado que daba comienzo a la reflexión sobre el Estado Integral y su dominación hegemónica, es pensada como parte de un momento histórico de expansión de la burguesía y su sociedad, pero también de su agotamiento y necesidad de ser superada:

La concepción de Hegel es propia de un periodo en el que el desarrollo de la burguesía en expansión podía aparecer ilimitado, por consiguiente la eticidad o universalidad de aquella podía ser afirmada: todo el género humano será burgués. Pero en realidad solo el grupo social que postula el fin del Estado y de sí mismo como fin a alcanzar, puede crear un Estado ético, tendiente a poner fin a las divisiones internas de los dominados, etcétera, y crear un organismo social unitario técnico-moral (Ibíd., tomo 3, p. 308, Q8 <179>).

El Estado y el derecho burgués plantean, bajo la idea abstracta de igualdad y libertad de todos los miembros de la sociedad, una unidad ética ilusoria sostenida bajo la división y dominación clasista de la sociedad. La verdadera unidad solo será posible con el fin de la división de clase, del antagonismo social sobre el que se erige el Estado burgués, con “la desaparición de la sociedad política y el advenimiento de la sociedad regulada” (Ibíd., tomo 3, p. 170, Q7 <33>). El proyecto político del proletariado no aparece por lo tanto como su devenir Estado sino como la disolución misma del Estado en su separación la sociedad.

Una clase que se postule a sí misma como capaz de asimilar a toda la sociedad, y sea al mismo tiempo capaz de llevar a cabo este proceso, lleva a la perfección esta concepción del Estado y del derecho, hasta el punto de concebir fin del Estado y del derecho, inútiles a fin de cuentas por haber agotado su misión y haber sido absorbidos por la sociedad civil. (Ibíd., tomo 3, p. 214, Q8 <2>).

La supresión de las relaciones sociales que daban forma al Estado implica el fin del antagonismo entre clases que lo requería para asegurar la dominación, planteado, en continuidad con planteos clásicos del marxismo, la reabsorción del estado en la sociedad y su reemplazo por un organismo de carácter técnico. Lejos de devenir Estado el proletariado apunta a la supresión de dicha instancia por innecesaria en una sociedad sin dominación de clase. Sin entrar aquí en la discusión sobre los significados de la concepción de disolución del Estado en el marxismo, lo que queremos destacar es que en la postulación de la “sociedad regulada” implica un límite histórico para el concepto de Estado, y con él al de hegemonía.

Mecanismos e instituciones de la hegemonía estatal

La particularidad histórica del Estado como forma política de las relaciones sociales capitalistas nos permite pensar la hegemonía como integración del conflicto antagonista bajo los términos de la dominación estatal. Una hegemonía producida por un conjunto de instituciones que operan generando un equilibrio inestable entre las clases sociales en lucha pero bajo la dominación y dirección de una de estas, que logra presentar su expansión como la del conjunto social. La forma estatal de la hegemonía implica, por lo tanto, más que la construcción de un convencimiento ideológico o la adopción de la concepción del mundo de la clase dominante por parte de las masas. Es la constitución efectiva de un equilibrio de intereses a partir de un

6 En este sentido, Gramsci destaca al propio terreno legal como la forma “más económica” de lograr un equilibrio entre las fuerzas sociales en condiciones normales: “Cuando una lucha puede componerse legalmente, no es peligrosa: se vuelve tal precisamente cuando el equilibrio legal es reconocido imposible” (Ibíd., tomo 5, p. 169, Q14 <76>). Pero el propio sistema político-legal puede también convertirse en una fuente de organización de las fuerzas antagonicas y de intensificación la lucha social; cuando esto sucede, Gramsci afirma que tiende a ser abolido o reemplazado.

accionar estatal que interviene sobre el conjunto de los individuos y sus organizaciones de manera de incorporarlos, subordinadamente, a una dirección de clase.

¿Cómo concebir por lo tanto al conjunto de instituciones y mecanismos que actúan en esta producción de hegemonía y cómo pensar su unidad como parte del Estado? Una imagen tradicional del pensamiento de Gramsci ha planteado la existencia de las dos instancias, sociedad civil y sociedad política, como geografías diferenciadas, caracterizando a la primera como espacio de constitución de un consenso ideológico a la dominación, y a sus instituciones difusoras de cultura como las productoras de la hegemonía. Esto plantea dos alternativas para explicar su articulación con el Estado: a) una expansión y desarrollo desde la sociedad civil hacia el Estado en un movimiento ascendente de un mismo contenido de clase b) una extensión o ampliación del Estado que incorpora un espacio que le es ajeno.

Pero como hemos desarrollado aquí, la sociedad civil no es un reino pre-político sino un conjunto de instituciones y prácticas interpeladas e integradas desde el Estado que lo presuponen para existir. Gramsci despliega una primacía de lo estatal como forma política consolidada de una sociedad civil específica, la burguesa, que se desarrolló hasta asumir eventualmente la hegemonía en la sociedad como un todo. Tratar de localizar la hegemonía sólo en uno de los niveles del Estado integral lleva a antinomias irresolubles; estos no se conciben en un sentido espacial sino funcional, caracterizado por la hegemonía como práctica que atraviesa sus fronteras consolidando fuerzas sociales y condensándolas en un poder político con base de masas. Así pensada, la hegemonía se nos aparece como el modo de producción de lo político moderno (Thomas, 2010). La reflexión sobre las instituciones y los mecanismos que producen la hegemonía debe partir por lo tanto de este particular vínculo de unidad y distinción entre sociedad civil y sociedad política que la noción integral de Estado supone. Una unidad, bajo la primacía del Estado, que permite superar su caracterización por la mera distinción legal entre público y privado, incorporando dentro de lo estatal elementos jurídicamente ajenos al él, pero articulados por su rol protagónico para la formación de la dominación en la sociedad moderna (Liguori, 2016).

Ya en el pensamiento hegeliano nos encontrábamos con instituciones del estado-gobierno que organizaban a la sociedad civil incorporándola como momento propio. Sin embargo, en las mismas notas donde retoma esta conceptualización de Hegel, Gramsci plantea su insuficiencia: "Su concepción de la asociación no puede ser todavía más que vaga y primitiva, entre el político y el economista, según la experiencia histórica de la época, que era muy limitada y daba un solo ejemplo logrado de organización, el "corporativo" (política injertada en la economía)" (Gramsci, 1981: tomo 1, p. 122, Q1 <47>). En una observación que extiende también a Marx, Gramsci advierte una forma aún vaga de describir a estas instituciones, dado que históricamente sus formas concretas eran limitadas. La incorporación gramsciana de esta problemática incluye, por lo tanto, no solo una crítica marxista a ese Estado como dominación de clase y a su organización e integración como hegemonía, sino también una diferencia en las instituciones y mecanismos que la producen en una sociedad moderna desarrollada.

Gramsci describe el advenimiento de la sociedad de masas producto de un capitalismo desarrollado que excede ampliamente a las organizaciones sindicales y políticas de principios del siglo XIX. La extensión histórica de las relaciones sociales capitalistas implica una transformación en la composición de las sociedades tradicionales por la que los individuos pasan a estar separados de sus modos de organización tradicionales; impulsados, en gran parte, por un movimiento masivo hacia las ciudades. La sociedad de masas requiere por tanto una extensión y transformación de las formas de organización de la sociedad civil por el Estado que marcan la consolidación de una forma plenamente moderna de la dominación. Pensados a partir de su función de integración bajo formas estatales del conflicto antagonista de esa sociedad, no son todos los organismos de la sociedad civil y política los que cumplen efectivamente esta función hegemónica.

Los que lo hacen varían históricamente, pudiendo describir la conformación de distintos “modelos de hegemonía” como formas históricas de articular la relación entre masas y Estado (Portantiero, 1999).

Determinadas histórica y funcionalmente, poco más podemos decir de una teoría general de las instituciones y los mecanismos de constitución de la hegemonía en su forma estatal. Contraria a una definición “topológica” que vuelve a todas las instituciones de la sociedad civil productoras de la hegemonía, aquí debemos identificar cuáles son las instituciones que efectivamente actúan en la conformación del equilibrio de intereses entre clases. El Estado moderno es el productor de una distinción, de un afuera, que es a su vez organizado y moldeado por él en un conjunto de instituciones y organizaciones que operan mediante: a) mecanismos ideológicos, de reconocimiento simbólico de demandas, de difusión de ideologías que ayuden a conformar la “unidad nacional” o la idea de un bien común estatal; b) mecanismos de concesión de demandas y derechos; c) mecanismos representación y negociación de intereses y de regulación de la relación entre clases; d) mecanismos represivos.

En numerosas interpretaciones de Gramsci este conjunto de instituciones y organizaciones es referido en términos de “aparato de hegemonía”, pero esta noción atenta contra la conceptualización que aquí buscamos realizar. En Gramsci, el aparato de hegemonía es una articulación de distintas organizaciones siempre de la sociedad civil: “concepto de Estado, entenderse además del aparato gubernamental también el aparato “privado” de hegemonía o sociedad civil. (Gramsci, 1981: tomo 3 p. 105, Q8 <137>) [...] “todo el aparato organizativo (estatal y hegemónico) de un gran país “(Ibíd., p. 116, Q8 <162>) [...] “nadie está desorganizado en una determinada sociedad, sociedades particulares que constituyen el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población (o sociedad civil), base del estado entendido estrictamente como aparato gubernativo-coercitivo” (Ibíd., p. 104, Q8 <136>).

Bajo esta concepción, y en coincidencia con lo que hemos definido en el apartado sobre hegemonía ideológica-cultural, Gramsci restringe la función del Estado a “elevar a la gran masa de la población a un determinado nivel cultural y moral, nivel (o tipo) que corresponde a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y por lo tanto a los intereses de las clases dominantes” (Ibíd., p. 307, Q8 <179>). Los mecanismos para realizar esa función aparecen como “educativos” pero realizados, más que por el Estado en sentido estricto, por “una multiplicidad de otras iniciativas y actividades supuestamente privadas que forman el aparato de hegemonía política y cultural de las clases dominantes” (Ibíd., p. 308). Ajeno al aparato de hegemonía, la función del estado en la producción de esta se limita a una función educativa por la negativa (la represión que educa en ciertas actitudes castigando otras) o asumiendo como “servicios públicos intelectuales” tareas de difusión de una concepción del mundo que ya no pueden ser dejadas únicamente en manos de la iniciativa privada.

Nos encontramos, por tanto, con una distinción que no solo se separa del accionar estatal, sino que en consonancia vuelve ideológica-cultural toda acción tendiente a producir hegemonía. La noción de “aparato de hegemonía” nos impide pensar el conjunto de acciones estatales de intervención, regulación, representación o concesión de demandas que hacen al equilibrio entre clases como elementos de hegemonía, y por lo tanto no califica una unidad de instituciones que trascienden la distinción público/privado y que pueden explicar la organización de una dirección de clase a partir del Estado⁷. Por esa razón, la noción de “aparato de hegemonía”, lejos de ser la llave para una concepción estatal de la

⁷ En este sentido, hablando de los servicios intelectuales del Estado Gramsci afirma que: “<deben> estudiarse como nexos nacionales entre gobernantes y gobernados, como factores de hegemonía. Beneficencia elemento de “paternalismo”; servicios intelectuales elementos de hegemonía, o sea de democracia en sentido moderno” (Ibíd., tomo 5, p. 145). Contrario a incluir una acción que medie entre clases otorgando concesiones materiales como forma de articular la hegemonía, estas son relegadas a una dádiva, a una dirección paternalista distinta de la hegemónica ejercida por medios intelectuales.

hegemonía dando cuenta de su existencia en aparatos “materiales” (Buci-Glucksmann, 1978), es el complemento de una conceptualización subjetivista que piensa al conjunto de las organizaciones políticas y sociales como formas de una conciencia práctica derivada de la función productiva de una clase.

Por el contrario, nuestra definición de Estado como productor de la hegemonía lo llevan más allá de una restricción jurídica a lo “público” pudiendo incluir funcionalmente bajo el Estado, elementos “privados”. En su rol como organizador de la dominación en una determinada sociedad, el Estado está compuesto por instituciones que exceden su estructura formal, siendo los sistemas de partidos o sindicales los mejores ejemplos de este fenómeno. Gramsci describe en sus notas un fenómeno en pleno desarrollo de constitución de la representación de clase por medio de su incorporación mediada por los sindicatos y los partidos políticos modernos de masas. El Estado por lo tanto incluye como un sistema propio a un conjunto de instituciones ajenas que funcionan como forma de incorporar y representar a los distintos grupos sociales.

A su vez, las instituciones formales del Estado también deben verse como capaces de una acción que construya la hegemonía. En este sentido, debemos tomar las afirmaciones de Gramsci sobre la división de poderes en el Estado burgués como una de las formas en la que históricamente las instituciones públicas actúan representando e integrando a diversos grupos sociales. Gramsci entiende la unidad del Estado que existe bajo la distinción de sus poderes: “Naturalmente los tres poderes son también órganos de la hegemonía política” (Gramsci, 1981: tomo 3, p. 67, Q6 <81>)⁸. Los cambios de equilibrios entre estos poderes, así como las transformaciones de esta división y del conjunto del aparato de Estado pueden entenderse en función a las relaciones de fuerza entre clases y su expresión como cristalización de la hegemonía de fracciones de la clase dominante (Poulantzas, 1974).

Por último, la definición funcional de las organizaciones de hegemonía encuentra en Gramsci otra formulación que incorpora nuevas dimensiones de la dominación:

Lo que se llama "opinión pública" está estrechamente vinculado con la hegemonía política, o sea que es el punto de contacto entre la "sociedad civil" y la "sociedad política", entre el consenso y la fuerza. El Estado, cuando quiere iniciar una acción poco popular, crea preventivamente la opinión pública adecuada, esto es, organiza y centraliza ciertos elementos de la sociedad civil [...] la opinión pública tal como hoy se entiende nació en vísperas de la caída de los Estados absolutos, o sea en el periodo de lucha de la nueva clase burguesa por la hegemonía política y por la conquista del poder. La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser discordante: por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de la opinión pública: periódicos, partidos, parlamento, de modo que una sola ejerza modele la opinión y con ello la voluntad / política nacional, convirtiendo a los disidentes en un polvillo individual e inorgánico (Gramsci, 1981: tomo 3, p. 196, Q7 <83>)

Elemento nacido en la lucha por la conquista del poder de la burguesía, la opinión pública opera como nexo de la propia unidad-distinción entre sociedad civil y política. Refleja una intervención característica de la dominación moderna donde el Estado organiza la opinión a su favor, en una acción ideológica que complementa sus tareas. El Estado puede apuntar al control de distintos espacios donde se construye la opinión, entendiendo por estos a organismos que nuevamente exceden la distinción público/privado⁹.

⁸ En sentido estricto Gramsci reproduce en esta nota a la hegemonía como fenómeno de la sociedad civil, al titularla justamente: “Hegemonía (sociedad civil) y división de poderes”. En una de las pocas notas que vinculan los aparatos públicos al concepto de hegemonía, estos parecen en tensión. Son nombrados como órganos de hegemonía, pero parecen referir a como se expresa efectivamente en los órganos estatales una dirección “espiritual” del conjunto de lo social producida en la sociedad civil.

En su conjunto, los mecanismos y organizaciones de constitución de la hegemonía estatal dan cuenta de distintas formas con las cuales el Estado interviene sobre la sociedad organizando la dominación de clase. Una forma propiamente moderna de constitución del poder político, surgida de las características de las relaciones sociales capitalistas, que intenta integrar el antagonismo inherente a esa sociedad bajo la unidad política del Estado. La hegemonía, por lo tanto, implica la constitución de un equilibrio inestable entre las fuerzas sociales antagónicas, incorporándolas por medio de un conjunto de mecanismos legales, de reconocimiento, de construcción de la opinión, de represión y de concesión de demandas, que permiten a una clase presentar su expansión como la del conjunto nacional.

Hacia una crítica de la hegemonía en el Estado.

A lo largo de nuestra reflexión hemos intentando extraer del pensamiento de Gramsci una teoría del Estado que explicara su existencia y sus características como forma política de las relaciones sociales capitalistas, pensando a la hegemonía como incorporación del conflicto clasista antagónico bajo forma estatal. En cierto sentido hemos forzado un poco a Gramsci a ir más allá de sí mismo a partir de ciertas reflexiones contenidas en sus *Cuadernos* que, no obstante, entran en tensión con una teoría “materialista histórica” del Estado y de la hegemonía presente en su pensamiento. Nuestros planteos, por lo tanto, buscaron entablar un diálogo crítico entre Gramsci y la teoría marxista crítica del Estado, en particular con los aportes del debate alemán de la derivación (Bonnet, 2007a; Holloway y Picciotto, 2017).

Este diálogo acompaña y contrasta con otra relectura que ha hecho del Estado el foco de interpretación de la hegemonía. Tal como desarrolláramos en el capítulo segundo, el marxismo estructuralista de inspiración althusseriana había recurrido a Gramsci como fuente de una reflexión sobre el Estado y la dominación en las sociedades capitalistas. Sin embargo, buscaremos mostrarlo aquí brevemente, esta teoría contiene problemas que resultan en una lectura funcionalista. Nuestra supone, por tanto, una crítica al estructuralismo que plantea los límites a una forma estatal del concepto de hegemonía.

El Estado en el estructuralismo califica una estructura presente en toda sociedad que siempre genera la cohesión de una totalidad conceptualizada como articulación de instancias relativamente autónomas pero determinadas en última instancia por la economía. El Estado, por tanto, no deja de ser una estructura transhistórica que se monta sobre una relación técnica y objetiva de la producción. En este sentido, Poulantzas designaba a la hegemonía como un producto objetivo del Estado insertando el concepto en una estructura teórica donde todo sucede cuasi automática y objetivamente por las características de la estructura social. La hegemonía funciona así como expresión de la instancia siempre presente de lo político estatal que, determinada en su lugar y su estructura por la instancia económica, produce objetivamente la cohesión del conjunto social.

⁹ En consecuencia, la hegemonía no se constituye por un moldeamiento de la opinión desde un conjunto de medios de comunicación que determinan la voluntad popular, condicionando al espacio democrático del Estado. Sin negar un lugar a organismos como los medios, y permitiendo su incorporación desde transformaciones históricas que los hagan parte de un accionar estatal hegemónico (y aquí sería interesante explorar la historia de las políticas de intervención, regulación, censura o financiamiento estatal de los medios), la noción gramsciana lejos está en darles un rol protagónico en la construcción de la hegemonía. Tampoco esta puede concebirse como resultado de un relato por parte del Estado que, mediante la articulación de un discurso hegemónico, convence al pueblo en un consenso que se refleja electoralmente. El discurso del propio gobierno es un elemento que debe ser incorporado, pero entendiendo que constituye sólo un nivel del reconocimiento de otros grupos sociales dentro de su dirección: una concesión de demandas simbólicas que debe formar parte de una integración subordinada efectiva de estos grupos con la inclusión de sus organizaciones y de sus demandas materiales en una forma de construir un equilibrio de fuerzas entre clases por el Estado

Poulantzas, por lo tanto, separa una instancia neutra donde se produce una contradicción objetiva (entre fuerzas productivas y relaciones de producción) y otra instancia de mediación conflictiva de esa contradicción pero que tiene siempre como resultado su reproducción funcional (Clarke, 1991; Waiman, 2015a). El antagonismo de las relaciones sociales capitalistas que en nuestra reflexión explicaba la existencia del Estado como forma diferenciada pero en unidad con dichas relaciones sociales, aparece aquí casi ausente. La lucha de clases desplegada en distintas relaciones de fuerza que explica la hegemonía es reemplazada por una función objetiva de reproducción de lo social que toma ciertas características en el capitalismo por una determinación de una estructura anclada en una relación técnica de producción.

El estructuralismo, en una batalla teórica contra las interpretaciones hegelianas del marxismo, niega una dialéctica del despliegue de un contenido bajo distintos modos de existencia que, en nuestra propuesta, volvía a las relaciones antagónicas de la sociedad capitalista la base material para explicar la conformación de esta como una totalidad. Althusser, por el contrario, construye una idea de totalidad entendida como articulación sobredeterminada de distintas instancias propias de toda sociedad definidas por prácticas materiales y objetivas: el modo de producción. El materialismo que se encuentra en esta concepción apunta por tanto a “la existencia real, exterior y material del objeto del conocimiento científico” (Althusser 1974: 101). Una asimilación al materialismo de las ciencias naturales que hace de lo social un conjunto de relaciones objetivas, extra mentales, entre los individuos y su exterior. Estos actúan en estructuras articuladas en un conjunto cuya unidad y cohesión está de antemano siempre garantizado, ya que al actuar estos la reproducen, y cuya determinación en última instancia está dada por la práctica productiva como relación entre el individuo y la modificación de una naturaleza, una materia, exterior a él. El modo de producción es el concepto que explica una totalidad funcional articulada de prácticas diferenciadas en tres instancias (cuya existencia en su diferenciación y número nunca se explica más que por una referencia canónica a Lenin) que existe bajo en “formaciones históricas concretas” que expresan distintas modalidades de lograr esa articulación auto reproductiva¹⁰.

En esta concepción, la noción de “aparatos” pasa a dar cuenta de las instituciones del Estado por una existencia “física” de prácticas (ideológicas y represivas) que reproducen la articulación del modo de producción. En consecuencia, para su lectura de Gramsci, Buci-Glucksmann recurre a la noción “aparato de hegemonía” como garantía de una “rigurosidad materialista” que daría cuenta de una interpretación no idealista del concepto de hegemonía. Contra un claro sentido de dicha noción como unidad ideológica de la clase la sociedad civil, la autora debe pluralizar una noción que en Gramsci siempre aparece en singular, y hablar de “aparatos de hegemonía”. Estos representan las 3 instancias de lo social bajo una dominación supuesta por una teoría reproductiva de las superestructuras y cuya unidad sólo puede referir a un carácter clasista común derivado de la determinación en última instancia por la relación técnica-objetiva de producción. Una unidad que impone que el Estado se “amplié”, se “extienda”, más allá de sí mismo hacia otras instancias para incorporarlas en su dominación. En consecuencia, el concepto de aparato de Estado, como conjunto de instituciones, actúa como sucedáneo del de forma de estado, haciendo de la institucionalización la base material de lo que en realidad es una forma diferenciada de existencia de las relaciones sociales capitalistas (Bonnet, 2016).

¹⁰ La propuesta post-estructuralista de Laclau y Mouffe también recae en la constitución de lo social como concreción de una estructura de conformación de un orden social. Buscando distanciarse de Althusser los autores eliminan el modo de producción con determinación en última instancia por la economía, pero lo reemplazan con una ontología de lo político que vuelve a todas las sociedades la articulación de un sistema de diferencias cuya existencia no se deriva de ninguna forma concreta o histórica de relaciones sociales. La hegemonía en este planteo se vuelve una función que siempre explica la conformación de una totalidad bajo condiciones de un conflicto ontológico que atraviesa la historia y determina la forma misma de existencia de lo social (Waiman, 2013a, 2013b y 2017).

En su conjunto la lectura estructuralista vuelve a la hegemonía la realización institucional de una cohesión de lo social siempre supuesta y cuya unidad remite a la determinación “material” económica como momento objetivo y técnico anterior a la política. El conflicto social derivado de las propias características de la sociedad capitalista no ocupa por tanto un lugar central en la explicación, siendo reducido a un accionar que también contribuye funcionalmente a la reproducción social¹¹. Por el contrario, en nuestra conceptualización de una forma estatal del concepto de hegemonía partimos de separar al Estado de una función en todo modo de producción para pensarlo como un modo de existencia de determinadas relaciones antagónicas que requerían la constitución de un espacio separado para la dominación. Enfrentado a estas relaciones conflictivas de la “sociedad civil”, el accionar de dicho Estado era un conjunto de acciones por las que se buscaba organizar un equilibrio inestable de intereses bajo una dirección que expresara la expansión de la clase dominante.

Siguiendo esta idea, no obstante, ciertos cuestionamientos al planteo estructuralista pueden llevarnos a una crítica de la forma de hegemonía que buscamos aquí construir. Partiendo de un movimiento que se explica como resultado del enfrentamiento antagónico entre clases, podemos preguntarnos si el Estado siempre logra articular su equilibrio inestable. El resultado contingente de la lucha de clases como explicación principal del desarrollo de la sociedad capitalista en sus diversas formas, impone la posibilidad de que el enfrentamiento no termine en una forma de dominación caracterizada como hegemonía. Está, por lo tanto, no referiría a la forma constante de dominación en el capitalismo sino a una forma históricamente determinada, con sus propias características, con la que la burguesía en ciertos momentos y lugares, logra articular la dominación. Una crítica que nos lleva a plantear la necesidad de profundizar otra forma en la que consideramos se puede construir un concepto en Gramsci, limitando histórico-políticamente a esta categoría conceptual: la hegemonía como forma histórica de la dominación burguesa.

Bibliografía

De Federicis N. (2013), “Hegel in Italy (1922–1931): The Dispute on the Ethical State”, en Herzog, L. (ed.) *Hegel's Thought in Europe. Currents, Crosscurrents and Undercurrents*, Londres, Palgrave MacMillan.

Anderson, P. (1981) *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Buenos Aires, Fontamara

Blanke, B., Jürgens, U. y Kastendiek, H.: “A propósito de la reciente discusión marxista sobre el análisis de la forma y función del estado burgués. Reflexiones sobre la relación entre política y economía”, en Bonnet, A. y Piva, A (comps.) *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta, 2017.

Bonnet, A. (2007a) “Estado y capital. Debates sobre la *derivación* y la *reformulación* del estado”, en Thwaites Rey, M. (comp.), *Estado y marxismo. Un silgo y medio de debates*, Buenos Aires, Prometeo.

Bonnet, A. (2016) “El concepto de estado capitalista en el pensamiento de Poulantzas”, en *Herramienta web 18*, Buenos Aires, ISSN 1852-4729.

Buci-Glucksmann, C. (1978) *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*, Madrid, Silgo XXI.

11 Al intentar moverse de dicha funcionalidad algunos teóricos (como se ve en los desarrollos tardíos de Poulantzas) vuelven el contenido de esos aparatos la condensación material de una relación de fuerzas, pero al separarlas de su particularidad en las relaciones sociales capitalistas, acaban indeterminando la existencia del Estado y volviendo a esos aparatos una arena de conflicto neutra (Poulantzas, 1980; Buci-Glucksmann, 1978)

- Cerroni, U. (1965) "Gramsci y la superación de la separación entre sociedad y estado" en AA.VV. *Gramsci y el Marxismo*, Buenos Aires, Proteo.
- Dotti, J. (1983) *Dialéctica y Derecho. El proyecto ético-político hegeliano*, Buenos Aires, Hachette.
- Gramsci, A. (1981-2000) *Cuadernos de la cárcel*, 6 tomos, edición crítica a cargo de Valentino Gerratana, México, Era.
- Hegel, G.W. (1993) *Fundamentos de la filosofía del derecho*, Madrid, Libertarias/Prodhufi.
- Hirsch J. "El aparato de estado y la reproducción social: elementos de una teoría del estado burgués", en Bonnet, A. y Piva, A (comps.) *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta, 2017.
- Holloway, J. y Picciotto, S. (2017): "Hacia una teoría materialista del Estado", en Bonnet, A. y Piva, A (comps.) *Estado y capital. El debate alemán sobre la derivación del Estado*, Buenos Aires, Herramienta.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2004) *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Liguori, G. (2016) *Gramsci's pathways*, Chicago, Haymarket Books.
- Marx, K. (2002) *El Capital. Crítica de la economía política. Tomo I*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Marx, K. (2003) *Sobre la cuestión Judía*, Buenos Aires, Prometeo.
- Marx, K. (2005) *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*. Buenos Aires, Ediciones del Signo.
- Marx, K. (2010) *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.
- Mazora, M. (2003) *La sociedad civil en Hegel: crítica y reconstrucción conceptual*, Buenos Aires, Del Signo.
- Pashukanis, E. (1976) *Teoría general del derecho y marxismo*, Barcelona, Labor.
- Portantiero, J.C. (1999) *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Poulantzas, N. (1974) *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI.
- Poulantzas, N. (1980) *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI.
- Rocca, F. (2017) "The labour contract in Das Kapital: from simple illusions to necessary appearances", en *Historical Materialism Web*, disponible en <http://www.historicalmaterialism.org/blog/labour-contract-das-kapital-from-simple-illusions-to-necessary-appearances>
- Thomas, P. (2010), *The Gramscian Moment. Philosophy, Hegemony, and Marxism*, Chicago, Haymarket Books.
- Thwaites Rey, M. (2007) "El estado 'ampliado' en el pensamiento gramsciano", en Thwaites Rey, M. (comp.), *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*, Buenos Aires, Prometeo.
- Waiman, J. (2013b) "Dialéctica y ontología: repensando el antagonismo posmarxismo desde la teoría crítica", en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*. Madrid: Centro de Ciencias Humanas y Sociales, vol. 5, p. 260-279. eISSN: 2172.9506

Waiman , J. (2015c) "Itinerarios de la hegemonía gramsciana en la obra de Nicos Poulantzas", ponencia presentada en el XII Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP) y la Universidad Nacional de Cuyo (UNCUYO), Mendoza, 12 al 15 de agosto.

Waiman, J. (2017) "¿Qué Marx(ismo) el del posmarxismo? Sobre la presencia de Marx en la obra de Ernesto Laclau", en Tonkonof, S. (comp.) *Teorías sociales clásicas, contemporáneas y emergentes*.

Waiman, J. (2013a) "Más allá de los límites. Repensando la relación entre hegemonía y democracia", en *Revista Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*. Rosario: Centro Interdisciplinario de Estudios Sociales (CIESO), Nº8, eISSN: 1852-4702